

-A Z U L-

Veintitrés tenía el pelo azul.

Era lo primero que recordaba saber, y era algo de lo que estaba completamente seguro.

El resto de números tenía el cabello dorado. Claro está que había tonos amarillos más apagados, o, incluso, bajo cierta luz, adquirirían un levísimo tono verdoso, pero desde luego, no azul.

Y es que, por más tintes y tintes con los que intentara ocultarlo, el azul siempre se hacía notar bajo ellos, insistente.

Además, odiaba profundamente ese color. Era como llevar una enorme linterna apuntando hacia arriba constantemente, todos miraban. Veintitrés estaba harto de hacerse notar.

Y, por si todo eso fuese poco, su cabello crecía excesivamente rápido. Cuando pasaba demasiado tiempo sin controlarlo, crecía hasta dificultar su caminar, de forma que tropezaba constantemente. También le impedía concentrarse, pues cada vez que entraba en su campo de visión sus ojos no podían evitar dirigirse al brillante, puro y decepcionante azul. Y lo que podría ser lo peor de todo; los tics. Sí, el azul le provocaba tics. No podía decir exactamente por qué, pero sabía que era su culpa. Siempre era culpa del color azul.

Todo sería mucho más fácil si pudiese sencillamente evitar los espejos y fingir ser dorado. Pero todos los números tenían un apodo... ¿Adivinas cuál era el suyo?

Exacto, Azul.

Cada vez que alguien lo llamaba, recordaba lo que más odiaba de sí mismo.

Para colmo, el azul era el segundo color más triste que podías mirar. El primero era el gris... Y es que grises eran los ojos de Azul. Quizá ese era uno de los motivos por el que le costaba tanto sonreír. O quizá era porque el azul hacía que los más descarados lo mirasen por encima del hombro, y que los más amables trataran de explicarle particularmente las cosas, como si fuera estúpido, como si fuera un bebé o como si no entendiese las cosas.

Pero Veintitrés no era estúpido, no era ningún bebé y entendía más cosas de las que le gustaría. Quizá era cierto que el insistente azul le impedía moverse con tanta rapidez como los demás, coordinar sus movimientos o evitar distraerse. Pero no era estúpido.

Incluso había quienes se habían atrevido a llamarle *discapacitado*. Veintitrés sabía que no tenía ninguna discapacidad. Necesitar un poco más de tiempo para moverse no era una capacidad. Que su sistema nervioso fallase a ratos no era una discapacidad. Sólo eran cosas difíciles de hacer. Él era completamente incapaz de encontrar la diferencia entre “dificultad” y “discapacidad”.

Un día, decidió preguntársela a Diecisiete. Supongo que sobra decir que Veintitrés no tenía muchos amigos. Pero Sonrisas (que era el apodo de Diecisiete) era uno de ellos.

Aquel número significaba demasiado para Azul. Más de lo que debería. Eso era uno de sus problemas, porque alguien como Veintitrés sencillamente *no podía* enamorarse.

Aun así, sabía que Sonrisas no era perfecto, porque nadie puede serlo. Pero no le quería porque fuese perfecto, le quería porque le quería. Sin más, sin motivos, no los necesitaba.

A Diecisiete lo llamaban Sonrisas precisamente por sonreír siempre a todo el mundo, casi parecía que el simple hecho de cruzar la mirada con cualquiera le hacía feliz.

Estaba tan alejado de la gama de azules y grises de Veintitrés, que quererle parecía un cruel chiste.

- ¿Qué quiere decir que soy discapacitado por tener el pelo azul? –soltó de sopetón.
- Pues que... No puedes hacer las mismas cosas que el resto.

Veintitrés hizo una pausa, pensativo.

- Entonces, todos somos discapacitados. Nadie puede hacer las mismas cosas que el resto.
- ¿Qué? No, no funciona así.
- ¿Y cómo funciona?
- Se supone que todos podemos hacer las mismas cosas. Todos somos iguales... Casi todos –añadió, sintiéndose culpable por su falta de tacto.

Sí, Diecisiete era una de esas personas que le hablaban a ratos como si le costase entender las cosas, o como si fuera más frágil que el resto, temeroso de verlo quebrarse. Pero a él se lo dejaba pasar.

- No, todos somos diferentes.
- Eso no es verdad. Recibimos tratos distintos.

•Todos somos diferentes –repitió Veintitrés, seguro- Pero todos deberíamos merecer lo mismo.

Y con esa frase, Sonrisas decidió dejar el tema en el aire. Era algo que habituaba a hacer cuando los demás no estaban de acuerdo con él, dejarlo correr. Y era algo que todos hacían cuando Azul trataba de expresar su incansable idea de que él no era *peor*.

Aunque esto no cambiaría nada. Algún día, Veintitrés se cansaría de repetirlo, dado que nadie escuchaba al número de cabello particular.

Así que a Azul seguirían mirándole por encima del hombro.

A Azul seguirían hablándole con demasiado cuidado.

Seguramente, Sonrisas nunca se enteraría de todo lo que Azul le quería.

Y todo seguiría exactamente igual que siempre, por el mismo motivo de siempre.

Veintitrés tenía el pelo azul.

“ 7 lluvias ” Lucía Pérez Rosa de 3º ESO A